

Forma y contenido de los impresos del siglo XVI en la Biblioteca Nacional de México

Jesús Yhmoff Cabrera*

Forma tipográfica de los impresos

Los libros del siglo XVI, como los actuales, constan de las siguientes partes impresas: portada, piezas preliminares, cuerpo de la obra y piezas finales.

La portada

Es la primera pieza impresa de un libro, la cual, ocupando sólo una página, nos ofrece como notas fundamentales el nombre del autor, el título de la obra y el pie de imprenta. Esa forma esquemática se encuentra ordinariamente abultada por información secundaria sobre los datos fundamentales. Así, del autor se expresan sus títulos de toda índole, religiosos, sociales, políticos y académicos. Los nombres se multiplican: el del autor suele ir acompañado del de los prologuistas, traductores y comentaristas, y del de la persona a quien va dedicada la obra. Frecuentemente aparecen citas bíblicas a manera de epígrafes, acomodadas al contenido del libro o a los deseos y aspiraciones del autor o del editor intelectual o mercantil.

Todo lo anterior forma uno o varios párra-

fos, cuyas líneas suelen ser desiguales, pues aunque ambos extremos de cada párrafo están colocados siempre a la misma distancia de una línea media perpendicular en la caja de composición, algunas líneas son más largas que otras, dejando traslucir el deseo del editor de resaltar la mayor o menor importancia del contenido de cada una.

Enseguida, como si se quisiera dar al lector un espacio de descanso, viene la marca tipográfica. Esta es una viñeta que en forma alegórica representa al editor o impresor de la obra; alegoría frecuentemente aclarada o confirmada por una leyenda o mote que suele ser una cita bíblica. Como para desvanecer cualquier duda sobre el impresor o editor, en ocasiones aparecen sus iniciales. Eran escudos de identificación editorial, cuyas figuras y lemas dependían de los gustos de los impresores. Algunos los escogieron de acuerdo con el significado real, parecido o sugerido de sus apellidos. Por ejemplo, la marca de Hugus a Porta se representa como un hombre que lleva a cuestas las hojas de la puerta de su prisión y el lema *Libertatem Meam Mecum Porto*; la figura de la marca de Nicolaus Episcopus es un báculo episcopal, dada la similitud de los términos *episcopus* y *Episcopus*; la de Sebastianus Gryphius es un grifo; y la de Teobaldus Paganus, un feroz pagano sarraceno de cimitarra al cinto y el Corán en la mano.

* Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

Entre los lemas que sonoramente recuerdan los apellidos de los impresores están los siguientes: *Festina Tarde* de Antonius Tardif; *Omnia Mea Mecum Porto* de la viuda de Mauricius a Porta, *Petit a Petit* de Odinus Petit, y *Hubertas Aurea Saeculi* de Hubertus Goltzius.

Es de notarse que no todas las portadas llevan marca tipográfica y que en algunos casos la sustituye el retrato del autor, el escudo de armas del mecenas de la obra, el escudo de la orden religiosa a la que pertenecía el autor o alguna viñeta meramente ornamental.

La última parte de la portada es el pie de imprenta. Los datos que proporciona obligan a la referencia concreta y explícita, lo cual haré siguiendo el orden en que ahí aparecen. El primer dato es la ciudad o villa donde la obra fue impresa, que, conforme al análisis del acervo bibliográfico en cuestión son: Alcalá de Henares, Amberes, Antequera, Barcelona, Basilea, Berlanga, Bilbao, Bolonia, Brescia, Brujas, Burgos, Cagliari, Coímbra, Colonia, Córdoba, Cuenca, Dilinga, Douai, Estrasburgo, Estella, Évora, Florencia, Frankfort del Main, Frankfort del Oder, Friburgo, Génova, Ginebra, Granada, Guadalajara, Hagenau, Heilidelberg, Huesca, Ingolstadt, Leiden, León, Lieja, Lisboa, Lovaina, Lyon, Madrid, Maguncia, Medina del Campo, México, Nápoles, Pamplona, París, Pavía, Roma, Salamanca, San Víctor junto a Maguncia, Sevilla, Sigüenza, Tarragona, Toledo, Tréveris, Tubinga, Turín, Urbino, Valencia, Valladolid, Venecia, Villaverde y Zaragoza. La mayor parte de las obras fueron impresas en Lyon y París, y en menor cantidad, aunque respetable, en Alcalá de Henares, Amberes, Colonia, Lovaina, Roma, Salamanca y Venecia.

Para evitar ser tedioso respecto a los impresores y editores, sólo cito los más sobresalientes: en Amberes, Christophorus Plantinus, Joannes Stelsius y su viuda y herederos, Joannes Graphaeus y los dos Nutii, Martinus y Philippus. En Basilea, Nicolaus Episcopius, Ioannes Oporinus y los Froben, Joannes y Hieronymus. En Colonia, Arnoldus Birckmanus, Eucharius Cervicornus, Petrus y Joannes Quntell y sus herederos, Gosvinus Maternus

Cholinus, Joannes y Melchior Novesianus. En Lyon, Petrus Landry, Gulielmus Rouillius y sus herederos, Melchior y Gaspar Treschel; los Juntas, Jacobus, sus herederos, Jacobus Franciscus y socios, Joanna, hija de Jacobus, y Antonius y Sebastianus Gryphius. En París, Judocus Badius, Claudius Chevallon, Adrianus y Carolus Perier, Jean y Michel Roigny; Carola y Michaëla Guillard, Jerónimo y Dionysia Marnef; Nicholaus y Sebastianus Nivellius; y Audoenus, Joannes y Nicolaus Petit. En Roma, Antonius Bladus y sus herederos, los Zanneti, Franciscus y Aloysia, y la imprenta Vaticana. En Salamanca, Lucas Antonio Junta, Mathias Gast; los Portonarii, Domingo, Francisco, Gaspar y Simón Vicente, Juan y Andrés Renault; los Terranova, Juan Bautista, Juan María, Ildefonso y Alonso. Y en Venecia Aldus Manucci, los Scoti, Octavianus, Hieronymus y los herederos de ambos, Melchior Sessa y sus herederos, los Gryphii, Alexander y Joannes, Lucas Antonius Giuncta y sus herederos, Bernardus Giuncta y socios, y los Nicolini, Joannes Antonius, Petrus y Dominicus.

En cuanto al último dato del pie de imprenta, el año en que fueron impresos nuestros ejemplares, los hay desde 1501 hasta 1600; curiosamente no hay ninguno de 1503. Los de la primera década son 28 y en las siguientes la cantidad aumenta, casi sin interrupción, hasta alcanzar 318 en la última de ese siglo XVI.

La portada no sólo expresa belleza por el distinto tamaño de sus líneas sino también por el variado tamaño de los tipos, por la combinación de letra redonda con cursiva, por la impresión de unas líneas en negro y otras en rojo, y por la oportuna colocación de ornamentos tipográficos, casi siempre de formas vegetales.

Pero para darle todavía más realce, en obras de mayor importancia y tamaño se encierra en orlas de varias o de una sola pieza, que muchas veces toman la forma de una portada arquitectónica o de un retablo, con sus imágenes de santos y de escritores, alegorías de las virtudes, de las ciencias y escenas históricas. En el caso de los frontispicios, muchas veces el contenido literal de la portada forma parte del grabado y es común que así suceda con la marca tipográfica.

Las piezas preliminares

Relacionadas con la importancia atribuida a la obra por su cantidad y tamaño, entre la portada y el cuerpo del libro están las piezas preliminares. De éstas unas son introductorias a la obra y de presentación panorámica de su contenido, funciones que desempeñan el prólogo y el índice general. Por su propia finalidad, estas piezas son comunes a toda obra, independientemente de su importancia.

Formando un grupo aparte se encuentran las piezas de ornato laudatorias del autor y de su obra: biografías del mismo, la compilación de citas que escribió en otros libros, composiciones en dísticos latinos y a veces también griegos, y las cartas dedicatorias a personajes sobresalientes del medio académico, religioso y político.

En las ediciones españolas hay un tercer grupo de piezas preliminares, de índole jurídica. Se trata de las licencias y privilegios concedidos al autor para la publicación, distribución y venta de sus obras por un tiempo determinado y dentro de la jurisdicción del rey o de quien expide la licencia. Proporcionan datos de los pareceres de los peritos teólogos sobre la inocuidad de la obra en relación con la fe y buenas costumbres, de las licencias de los superiores religiosos para la publicación del libro, de la fe de erratas y de la tasa de la obra para su venta.

Estas piezas de índole oficial son tediosas, aunque informan sobre los burocráticos caminos del libro y, tratándose de obras carentes de portada y colofón, resultan muy valiosas para su identificación. La presencia de estas farragosas piezas respondía a las normas de la legislación al respecto. En los libros impresos fuera de España son menos numerosas y frecuentemente aparecía sólo el tenor de las licencias y pareceres y, si era posible, se suprimían por considerar que alargaban inútilmente los volúmenes; por ejemplo en Vincenzo Bruno, *Delle meditationi sopra i principali misterii della vita et passione de Christo, parte terza* (Venecia, i Gioliti, 1594), en el lugar conveniente hay una nota que dice que no se imprimen ahí los privilegios papal, de Venecia, Gé-

nova, Milán, Toscana, Ferrara, Mantua, Parma, Urbino y de otros príncipes por no agrandar el volumen.

Todas estas piezas, incluida la portada, van en hojas no numeradas pero sí signadas, aunque a veces esta signación sea independiente de la del cuerpo de la obra, es decir, que termina con las piezas preliminares. La última de éstas, por cierto, suele ser la tabla de capítulos, cuestiones, disputas, etcétera, en que está dividido todo el libro, o por lo menos la del primer capítulo cuando cada uno de ellos va precedido de su respectiva tabla.

Característica de estas piezas, excepto en los índices, es su disposición en líneas enteras —naturalmente que los versos van en la forma acostumbrada— y en ellas suele emplearse letra cursiva.

Cuerpo de la obra

Las hojas que lo contienen se distinguen de las preliminares y finales por ir marcadas por números (romanos o arábigos) de orden. Lo más común es que la numeración sea por hojas, pero no escasean las obras cuyas páginas están numeradas —la paginación la comenzó a usar Aldo Manucio en 1496. Por el contrario, resulta excepcional que las hojas vayan numeradas por columnas; en este caso llevan dos números, en cada una de sus dos páginas.

También van marcadas por las firmas, pero su función principal fue servir al encuadernador para formar así correctamente los cuadernos. Con este mismo fin se emplean los “reclamos”, esas palabras o trozos de palabras que van debajo y al borde de la derecha de la última línea de las páginas, hojas o cuadernos, y que dan por adelantado la palabra o sílaba con que comienza la página siguiente.

Común a todas las hojas de un libro es el título corriente, llamado también cornisa. Es la primera línea que se encuentra en cada página. Su contenido cambia de acuerdo con las diversas partes de la obra, cuyos títulos reproducen condensadamente; tienen la finalidad de indicar al lector qué parte de la obra lee y sobre qué punto de la misma trata. Para no

confundirla con la primera línea del texto de cada página, va a cierta distancia de aquélla.

En el cuerpo de la obra hay que distinguir los títulos de sus diversas partes de los del desarrollo de las mismas. Mientras aquéllas se componen de líneas y letras de diverso tamaño y forma, el texto de obras de creación directa del autor se imprime en líneas enteras o desplegadas —de extremo a extremo de la caja escogida—, aunque al final de sus partes y de la obra entera es frecuente que las líneas vayan acortando sus orillas hasta formar un triángulo invertido.

Con frecuencia estos impresos van acompañados de notas marginales, que suelen ser citas precisas y concisas relacionadas con la materia, o son las entradas que aparecen en orden alfabético en los índices de materias.

Características del Renacimiento son las ediciones críticas o comentadas de las obras de la antigüedad grecolatina, de la Biblia, de los Padres de la Iglesia y otros escritores cristianos antiguos, y del derecho, especialmente el justiniano. En esas ediciones, frecuentemente de obras completas o de varios autores que tratan de la misma materia, se emplea un formato mayor y voluminoso. Para darles belleza y facilidad de manejo, la forma tipográfica de su presentación fue la de una o dos columnas centrales con letra grande para el texto y de dos adjuntas a ambos lados y letra pequeña para los comentarios.

Para armonizar el tamaño del texto con el de los comentarios, este esquema es frecuentemente modificado, pues a veces se achican longitudinalmente las columnas del texto y el vacío que dejan por arriba y por abajo es llenado por las columnas de los comentarios, alargándose siempre hacia el espacio central blanco que separa las dos columnas, tocándolo pero jamás invadiéndolo. La figura que resulta es la de un texto a dos columnas encerrado por corchetes.

Menos frecuentes son las líneas de las columnas del texto que se alargan hasta los límites de la caja. Si es por arriba y simultáneo en las dos columnas, resulta una forma de T con una raya blanca perpendicular en su rasgo respectivo. Si dicho alargamiento es por abajo,

resulta una T invertida, y si es por arriba y por abajo, la figura resultante es la I.

No son extraños los casos en que los finales de las divisiones de la obra están formados por sólo las dos columnas ensanchadas del texto o las de los comentarios.

Cuando los comentarios están tomados de diversos autores, a los lados externos de sus columnas aparecen notas alusivas, a veces tan numerosas y largas que llegan por sí mismas a formar columnillas. De suerte que hay páginas de seis columnas: las dos extremas contienen las notas; las siguientes, los comentarios, y las centrales el texto. En ocasiones esas notas van señaladas por números y letras que ayudan al lector a relacionarlas con sus respectivos comentarios.

Al margen o en medio de las columnas hay números que dividen y numeran de diez en diez las líneas de cada página, o letras que dividen la página en dos o más partes. Estos señalamientos sirven para localizar, sin necesidad de leer toda la página, un punto determinado buscado en los índices que acompañan la obra.

Al final del cuerpo del libro vienen las últimas piezas impresas, en hojas sin numerar pero signadas unas veces como continuación de las del texto y otras con firmas propias. El contenido de dichas piezas es de gran utilidad, pues su disposición permite acceder a la información contenida en la obra de manera relativamente fácil.

Esas piezas son los índices. De éstos el más extenso y minucioso es el de materias, que suele intitularse "Índice muy copioso de cosas, voces y sentencias más dignas de tenerse en cuenta en esta obra, dispuesto en orden alfabético."

Otro índice muy común, especialmente en las obras de índole teológica, es el de los lugares de la Sagrada Escritura expuestos de paso y de modo disperso en la obra; como complemento y con el fin práctico de auxiliar a los predicadores, están los índices de los Evangelios y Epístolas dominicales y demás días festivos, aprovechables en las homilias y sermones correspondientes. Para el provecho de los juristas, moralistas y confesores, en obras muy

relacionadas con el derecho y la moral se puede encontrar el índice alfabético del derecho canónico y civil que se mencionan a lo largo y de paso en la obra.

Cuando los comentarios son muy extensos, también hay índices para ellos. Lo numeroso y lo extenso de los índices da por resultado, principalmente en el caso de obras completas, un tomo especial.

El colofón y el registro son las piezas últimas de los impresos del siglo XVI. El colofón repite fundamentalmente los datos contenidos en el pie de imprenta, aunque a veces suprime el nombre del editor para poner sólo el del impresor, o sin suprimir aquél añade éste. Suele ir acompañado de la marca tipográfica, muchas veces diferente a la de la portada en ornatos, tamaños y posición de las figuras.

Además del colofón y en lugar más o menos lejano de éste va el registro o nota de las firmas, que indica la cantidad de hojas que forman cada cuaderno y en su orden. Aunque dicha tabla y las asignaturas estaban dirigidas a los encuadernadores para que no se perdieran en la formación y sucesión de los cuadernos, resultan útiles también para los lectores y bibliógrafos, especialmente tratándose de hojas no numeradas.

En cuanto a los tipos en que están impresos los libros del siglo XVI hay que decir que en los primeros años abundan los impresos en tipos góticos; a medida que el siglo avanza se hacen más numerosos los romanos. De éstos son pocas las obras que van sólo en letra cursiva y en mayor cantidad las que van sólo en letra redonda. Pero hay muchas que mezclan cursivas con redondas; en estos casos suelen ir en cursivas las piezas preliminares, las cornisas, las notas marginales, los títulos de las diversas partes de la obra y las piezas finales.

Las iniciales ornamentales

Del material ilustrativo y ornamental de los impresos del siglo XVI sólo considero aquí las iniciales ornamentales. Entre ellas hay que distinguir las ornamentadas de las simples. Ambas son de formato mucho mayor al de las

mayúsculas comunes del texto, pero las primeras van adornadas con plantas, animales, personajes históricos o mitológicos y de fantasía. En cambio las simples no tienen motivos artísticos, pero “ilustran” al texto por su tamaño y, a veces, por el color de su tinta. Aquéllas se emplean en los inicios más importantes del texto, mientras que las mayúsculas simples comienzan los secundarios, comúnmente en las piezas finales.

En ediciones muy cuidadas se emplean alfabetos mandados hacer *ex profeso*; en ellas las letras más grandes y hermosas se emplean al principio de los prólogos, dedicatorias y biografías, y de la obra entera. En los demás inicios, dependiendo de su categoría, se van empleando gradualmente iniciales de menor tamaño, sin que esto signifique menor calidad.

Estos ejemplos de impresos son muy raros; frecuentemente se nota que el cuidado observado en las primeras páginas de una obra va decayendo conforme avanza y se descuida no sólo la graduación de las ornamentales sino que se echa mano de tipos distintos a los empleados hasta determinado lugar de la obra.

Las grandes imprentas, como la plantiniana, contaron con dibujantes y cortadores de letras ornamentales, pero la mayoría de los impresores las compraban a quienes se dedicaban a su fabricación y venta. Por lo tanto, las letras capitales eran en sí formalmente independientes del texto que habrían de adornar; su más o menos acertada aplicación dependía del gusto y tino del impresor.

Contenido

Es bien sabido que las obras que forman el llamado Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional de México, entre ellas las del siglo XVI, fueron expropiadas a los conventos y otras instituciones coloniales. Los mismos libros se encargan todavía de recordarnos su origen con sus marcas de fuego (las más conocidas son las de los conventos y colegios de franciscanos, dominicos, agustinos, jesuitas y de la Real y Pontificia Universidad de México; con sus notas manuscritas, sellos y *ex libris* (al parecer sólo

la Biblioteca del Convento Grande de San Francisco de México y la Turriana llegaron a tener *ex libris*).

Por el origen de esas obras podemos suponer, al menos genéricamente, cuáles son sus autores y cuáles sus materias. En efecto, aquellos son santos padres, doctores de la Iglesia, escritores eclesiásticos y autores profanos de la antigüedad grecolatina, juntamente con sus comentaristas medievales y renacentistas. Las materias son teología en sus diversas ramas, derecho canónico y civil, filosofía escolástica y obras gramaticales y literarias griegas y romanas. Para ser más explícito y ejemplificar un poco lo dicho, enseguida cito algunos ejemplares existentes en el Fondo de Origen de la Biblioteca Nacional.

De San Agustín (354-430), obispo de Hipona, abundan las obras sueltas y no escasean las completas, como las impresas en Basilea, Imprenta Frobeniana, 1569. Son diez tomos en siete volúmenes más uno de índices, de 38 cm. Perteneció al Oratorio de San Felipe Neri de México. Existen también las impresas en Amberes, Christophorus Plantinus, 1576-1577, de diez tomos en nueve volúmenes de 37 cm. Pertenecieron al Convento de San Cosme de México.

Las obras completas, en dos tomos y un volumen, 37 cm, de San Gregorio Magno están representadas en cierta cantidad de ejemplares impresos en 1551, unos por Audoenus Parvus y otros por Jean Roigny, en París.

De las obras de los doctores griegos están las completas de San Gregorio Nacianceno (330-ca 390), Colonia, Joannes Birkmannus, 1570. Las de San Juan Damasceno (m. ca 752), en griego con su traducción latina, Basilea, Henricus Petri, 1559. Las de San Basilio el Grande, París, Michaëlla Guillard, viuda de Gulielmus Desboys, 1566.

De los doctores eclesiásticos medievales sólo cito a los santos Tomás de Aquino (1227-1274) y Buenaventura (1221-1274a). Del primero tiene la Biblioteca Nacional sus obras completas, Roma, Herederos de Antonius Bladus y Joannes Osmarinus Liliotus, aunque algunos los imprimió Julius Accoltus. Son 17 to-

mos más uno de índices, que proceden de diferentes instituciones. Tiene también un ejemplar de las impresas en Venecia, Dominicus Nicolinus y Socios, 1592-1594; perteneció al Colegio de San Pedro y San Pablo de México.

También perteneció a este colegio un ejemplar de las obras completas de San Buenaventura, Roma, Tipografía Vaticana, 1596. Consta de siete tomos de 34 cm con un número de páginas que oscilan entre 406 y 844; todos tienen una hermosa lámina con su retrato.

Entre las obras de estudio y enseñanza de la teología católica no faltan la Biblia, los cuatro libros de las Sentencias de Pedro Lombardo y las ya citadas de Santo Tomás de Aquino. De las biblias del siglo XVI está la de Vatable, llamada así por estar anotada por el hebraísta y latinista François Vatable, publicada en Salamanca, Gaspar de Portonario, 1584. Y la *Biblia vulgata*, revisada, anotada y editada por mandato de Sixto V en Roma, Tipografía Vaticana, 1598, y la impresa en Amberes, Imprenta Plantiniana, a expensas de Ioannes Morretus, 1599.

Los *Quatuor libri sententiarum Petri Lombardi* (1100-1160) están representados por un ejemplar de la edición de Lyon, Johannes David, alias Lamouche, 1528, por otra de ahí mismo, Benedictus Bonny a expensas de Jacobus Giuncta, 1540, y por otra más de París, Jacobus Du Puys, 1574. Como en el caso de las obras comúnmente comentadas, estos libros forman parte de las obras de sus comentaristas, como Santo Tomás de Aquino.

La Biblioteca guarda ediciones del siglo XVI de las obras de autores grecolatinos; algunas de ellas son: Plutarco, *Graecorum Romanorumque illustrium vitae*, Basilea, Michaël Isingrinus, 1542; *idem*, Venecia, Hieronymus Scotus, 1572; *idem*, Heildelberg y Basilea, Johannes Oporinus, 1561; y sus *Opera moralia*, Frankfort del Main, Georgius Corvinus a expensas de Feyrabendius, 1580.

Platón, *Opera omnia*, traducida del griego al latín por Marsilio Ficino, Lyon, Balthazar Arnoletius a expensas de Antonius Vincentius, 1557, y posteriormente, ahí mismo, Ioannes Marcorelius a expensas de Natanael Vincen-

tius, 1588. Con mayor aparato crítico, traducción latina de Ianus Cornarius y argumentos y comentarios de Marsilio Ficino (1433-1499), hay un ejemplar de la edición de Basilea, Imprenta Frobeniana, 1561 (42f., 1,042 pp., 33 cm).

Las ediciones de las obras completas de Aristóteles han corrido con mala suerte en la Biblioteca, pues únicamente se guardan tomos sueltos. Así, de la edición de Basilea, 1542, sólo están los tomos segundo y tercero sobre la *Física* y la *Ética*, traducidos por Joannes Argropulos, L. Aretinus, G. Valla, J. Stapulensis, A. Chamaillardus, G. Trapezuntius, Bessarion, N. Leonicus y otros. Hay un ejemplar de toda su filosofía natural parafraseada por Franciscus Vatablus, París, Petrus Vidouaeus a expensas de Ioannes Parvus, 1530.

Hay un ejemplar de las obras completas de Jenofonte, Basilea, Michaël Isingrinus, 1545 (1,241 pp. y 14 h.), traducidas del latín por Franciscus Philelphus, Romulus Amasseus, Bilibaldus Pirkmerus, Raphaël Volaterranus, Bessarion, Leonardus Aretinus, Omnibonus Leonicensus, Erasmus Roterodamus, Joannes Ribittus y Joachimus Camerarius.

Plinio Segundo o Plinio el Viejo, está representado con sus *Historiarum libri XXXVII* en dos ediciones de Lyon: una, la de los hermanos Godefridus y Marcellus Beringi, 1548, y otra, la de Symphorianus Barbier a expensas de J. Frellonius, 1561.

El ejemplar de la edición de Virgilio, *Obras completas*, Venecia, herederos de Antonius Iunta, 1552, anotadas por Servius Maurus Honoratus, Probus Grammaticus, Antonius Mancinellus y Jodocus Badius. No obstante estar mutilado, cautiva por su belleza aumentada por sus ilustraciones. Hay también un ejemplar de la edición de Venecia, 1585, con comentarios de Luis Vives y otros.

Las obras de Flavio Josefo (38-95) están en sus impresiones de Basilea, Oficina Frobeniana, de los años 1540, 1554 y 1559, y de ahí mismo, herederos de Jacobus Iunta, 1556.

También forman parte de ese acervo bibliográfico autores españoles del siglo XVI, entre ellos Domingo Soto (1491-1570) con sus *Comentarios al cuarto libro de las Sentencias de*

Pedro Lombardo, impreso en Salamanca sucesivamente en 1556, 1566, 1569 y 1570, y en Medina del Campo en 1579 y 1581; con su famoso tratado *De iustitia et iure*, impreso en Salamanca sucesivamente en 1559, 1566, 1569, 1572 y 1573, y con otras obras.

En cambio son pocos los ejemplares de las obras de Francisco Suárez (1548-1619); entre ellos, sus *Varia opuscula theologica*, Madrid, Tipografía Real, 1599.

De Melchor Cano (1509-1560) hay ejemplares de su *De locis theologiacis libri XII*, Salamanca, Mathias Gast, 1563; *Relectiones de poenitentia*, Salamanca, Andreas de Portonariis, 1550 y 1555 y en Alcalá de Henares, 1563; y *De sacramentis in genere*, Alcalá de Henares, 1563.

De las *Relectiones theologicae* de Francisco de Vitoria hay ejemplares impresos en Lyon, Iacobus Boyerus, 1557, en Salamanca, Juan de Cánova, 1565, y en Lyon, Petrus Landry, 1586. De su *Summa sacramentorum Ecclesiae* hay ejemplares impresos en Salamanca a expensas de Domingo de Portonario en los años 1570, 1571, 1572, 1573, 1575, 1579 y 1584.

Quizá el *Manual de confesores y penitentes*, con traducción al latín y al italiano, haya sido la obra por la que fue más conocido el jurista Martín de Azpilcueta (1491-1586). Ciertamente en la Biblioteca Nacional de México hay varios ejemplares de sus ediciones en castellano en Amberes, Martín Nucio, 1555; Salamanca, Andreas de Portonariis, 1557; Amberes, viuda y herederos de J. Stelsius, 1568; y Valladolid, a expensas de A. Suchet, 1570. También los hay de sus ediciones en latín realizadas en Amberes, Ch. Plantin, 1575 y después en 1579; Lyon, primero por G. Rouillius en 1575 y después por J.B. Buysson en 1592, y en Génova, H. Bartollus, 1585. Hay un solo ejemplar de la edición italiana de Parma, Seth Vioto, 1577. A estos ejemplares podrían agregarse los del *Compendio* de dicha obra.

Se tiene la *Doctrina christiana*, de fray Luis de Granada (1504-1588) en ejemplares impresos en Salamanca, Guillermo Foquel, 1587; en Burgos, Felipe Junta, 1587; y en Barcelona, Jaime Cendrat, 1600. Y su *Introducción al*

símbolo de la fe, Salamanca, herederos de Mathias Gast, 1585.

De Santa Teresa de Jesús (1515-1582) hay un ejemplar de sus obras intituladas *Su vida*, *Camino de perfección* y *Las moradas*, impresas juntas en Madrid, Imprenta Real por Juan Flamenco, 1597; son tres tomos en un volumen.

De fray Luis de León (1527-1591) hay ejemplares de sus obras *Los nombres de Cristo*, Salamanca, Guillermo Foquel, 1587; *In cantica canticorum salomonis explanatio* e *In psalmum XXVI explanatio*, ambas impresas en Salamanca, Lucas de Iunta, 1580.

Benito Arias Montano (1527-1598) está presente con ejemplares de sus *Comentarios a los doce profetas*, y de los referentes a Isaías, Jueces, Josué y Hechos de los Apóstoles, impresos todos en Amberes, Imprenta Plantiniana, entre 1571-1593.

Hay ejemplares de las obras de Juan Luis Vives (1490-1540) intituladas *De veritate fidei christianae libri quinque*, Lyon, Joannes Frellonius en casa de Antonius Vincentius, 1551; *Colloquia*, Génova, Hieronymus Bartolus, 1587; y *De conscribendis epistolis*, Génova, 1587.

Desde luego que no faltan ejemplares de obras de otros autores significativos del Renacimiento, como *Le rime* de Francesco Petrarca (1304-1374), Venecia, Erasmo di Vincenzo Valgrisi, 1549; el tomo primero de las obras de Angelo Poliziano (1454-1494), Amberes, Philippus Nutius, 1563; *Opera omnia* de Jacopo Sannazaro (ca 1456-1530), Roma, J. Tornerius y J. Rufinellus, 1590; De Erasmo de Rotterdam, *Adagiorum opus*, Basilea, 1526, *Apophtegmatum opus*, Venecia, 1534, *Liber de praeparatione ad mortem*, Basilea, 1534; de Guillaume Budé, *De asse et partitionibus eius libri quinque*, París, 1534; de Alberto Durerro (1471-1528), *Institutionum geometricarum libri quinque*,

París, 1535, y *De symmetria partium humanorum corporum libri quatuor*, París, 1557.

Por último, quiero citar algunos ejemplares de obras jurídicas. Del *Corpus juris civilis*, existe el *Codex justinianus*, París, Franciscus Regnault, 1532, glosado por Bartolo, Baldo, el Aretino, Paulo de Castro, Alejandro, Jasón, Andrés Alciato y otros. Las *Institutiones imperiales*, Tolosa, Guion Bodavila, 1551, traducidas al español por Bernardino Daza —hay un ejemplar de la edición latina, Venecia, Joannes Variscus y Socios, 1574— y las *Novellae constitutiones*, Venecia, 1574.

Del *Iudiciarii processus compendium adeo iuris utriusque praxis* de Andrés de Alzate, Andreas Alciatus (1492-1550), hay un ejemplar impreso en Lyon, Vincentius de Portonariis, 1537. Hay otro de *Consiliorum et responsionum libri quinque* de Martín de Azpilcueta, impreso en Lyon, Petrus Roland, 1591. También Bartolo de Saxoferrato está presente con sus *Distinciones jurídicas*, expuestas en tablas por Mariano Socino, impresas en Lyon en 1563.

En fin, hay ejemplares del *Decretum gratiani* en sus ediciones de París, Joannes Petit y Yolanda Bonhome, 1531, y de Turín, Antonius Blanc, 1588; de los *Cánones y decretos del Concilio Tridentino*, impresos en Salamanca, Juan de Cánova, 1564; de las *Concordancias de los cánones discordantes* de Graciano, impresas en París, Joannes Petit y Yolanda Bonhome; del *Sexto libro de las decretales del papa Bonifacio VIII* (papa de 1294 a 1303) impreso, juntamente con las *Constituciones de Clemente V* (papa de 1305 a 1314) y las *Extravagantes* de Juan XXII (papa de 1316 a 1334), en Venecia, 1572.

Y así, con esta cita de las *Extravagantes*, termino este trabajo, que, ojalá, no resulte ser una extravagancia.

Nota

El presente ensayo versa única y exclusivamente sobre los impresos del siglo XVI que custodia la Biblioteca Nacional de México. Las fuentes de este escrito, por lo tanto, son los libros mismos que forman dicho acervo. He podido examinar, por lo menos, 1,971 ejemplares; y digo "por lo

menos" porque el catálogo en el que los he registrado alcanza esa cifra, pero si se quisiera ser más exacto habría que agregar los numerosos ejemplares de una misma edición, que en muchas fichas aparecen descritos como segundos, terceros, o más ejemplares.